

¿Qué espectáculo puede ser más triste que verá hombres, y hasta mujeres, que pasan sus vidas teorizando y charlando sobre los grandes principios en que sus antecesores creían realmente, y que creyendo en ellos aseguraron para su generación los dones de la fe, de la bondad y del cumplimiento del deber? Hay dos pensamientos que, una vez admitidos en el espíritu, cambian todo el curso de nuestra vida, la creencia de que este mundo no es sino el vestíbulo de un infinito estado de ser, y el pensamiento de Aquel en quien el hombre vive aquí, ó debe vivir en lo futuro. Cada uno de nosotros tiene poder de elección para seguir el bien ó seguir el mal. ¿Quién podrá decir cuál será más poderoso? Depende de nosotros mismos, de nuestra despertada conciencia y voluntad ilustrada. Puede ser que se tenga que combatir contra las calamidades y sinsabores al llenar nuestros diversos deberes. Pero éstos tienen que ser cumplidos, y cumplidos alegremente, porque es la voluntad de Dios. Las buenas acciones nos dan fortaleza, é inspiran buenas acciones á los demás; son como tesoros guardados para la necesidad del que las ha hecho. Fortalezcamos, pues, nuestro espíritu, y vigoricemos nuestra alma, preparemos nuestro corazón para lo futuro. La carrera es para toda la vida.

## CAPÍTULO III

## La Honradez. — La Verdad.

No hay obreros que puedan trabajar á un mismo tiempo bien y precipitadamente; ello tiene que hacerse con sosiego perfecto. — CHAUCER<sup>1</sup>.

Puedes tocar sin peligro el oro, pero si se pega á tus manos, te herirá rápidamente.

JORGE HERBERT<sup>2</sup>.

El hombre honrado, por pobre que sea, es á pesar de todo, rey de los hombres. — BURNS<sup>3</sup>.

No abandonéis jamás el camino de la virtud y del honor; es el único medio de ser feliz. — BUFFON<sup>4</sup>.

La honradez y la veracidad ligan bien. La honradez es la verdad, y la verdad es honradez. La verdad sola, puede no constituir un grande hombre, pero es el elemento más importante de un gran carácter. Á los que la emplean les da seguridad, y confianza á aquellos que sirven á sus órdenes. La verdad es la esencia misma de los principios, de la integridad y de la independencia. Es la necesidad primordial de todo hombre. La veracidad absoluta es más necesaria hoy que en cualquier período anterior de nuestra historia.

La mentira, á pesar de ser tan común, es delatada hasta por

1. There is na workemen  
That can bothe worken well and hastilie  
This must be done at leisure parfaitlie. — CHAUCER.

2. Gold thou may'st safely touch, but if it stick  
Unto thy hands, it woundeth to the quick.  
GEORGE HERBERT.

3. The honest man, though e'er so poor,  
Is king o'men for a'that. — BURNS.

4. Ne quittez jamais le chemin de la vertu et de l'honneur; c'est le seul moyen d'être heureux. — BUFFON.

el mismo mentiroso. Protesta que está diciendo la verdad, porque sabe que la verdad es respetada universalmente, mientras que la mentira es condenada universalmente también. Mentir es tan vergonzoso como cobarde. « Atrévete á ser veraz, dijo Jorge Hérbert; jamás hay algo que necesite una mentira. » Los mentirosos más dañinos son aquellos que se conservan al borde de la verdad. No tienen valor para expresar la realidad, pero andan en torno suyo, y dicen lo que realmente no es cierto. Una mentira que es la mitad de la verdad, es la peor de las mentiras.

Hay una doblez de conducta que es tan mala como una falsedad de palabra. Las acciones tienen una voz tan clara como las palabras. El hombre vil es falso á su profesión. Evita la verdad que profesa creer. Juega con dos caras. Carece de sinceridad y de veracidad. El hombre sincero habla como piensa, cree como pretende creer, obra conforme profesa que obra, y ejecuta lo que promete.

« Son comunes otras fórmulas de contradicción práctica, dice Spurgeon, algunas son intolerablemente liberales; otras son feroces abogados á favor de la paz, ó intemperantes sobre la templanza. Hemos conocido defensores de la generosidad que eran miserablemente tacaños. Hemos oído de personas que han sido maravillosos y ardientes partidarios de « la verdad » — aludiendo con ella á cierta forma de doctrina — y sin embargo, no han observado la verdad en materia de comprar y vender, ó con respecto de la reputación de sus vecinos ó de los incidentes de la vida doméstica<sup>1</sup>. »

Mentir es uno de los vicios más comunes y convencionales. Prevalece en lo que se llama « sociedad ». No está en casa, es el modismo más elegante de contestación á un visitante. Se cree que el mentir es tan necesario para conducir los asuntos humanos, que se ha convenido tácitamente en ello. Una mentira puede ser considerada inofensiva, otra insignificante, otra intencional. Las mentirillas son cosa común. Por muy tolerada

1. *La Biblia y el Periódico*, 1872.

que sea la mentira, es, sin embargo, más ó menos detestable para cualquier hombre ó mujer de pensamientos puros. « Las mentiras, dice Ruskin, pueden ser ligeras y accidentales, pero son un feo hollín del humo del abismo, y es mejor que nuestros corazones estén perfectamente bien barridos de él, sin cuidarnos de cuál será mayor ó más negra. »

« Mentir en el extranjero para beneficio del país de uno, solía ser la máxima de los diplomáticos. » Sin embargo, el hombre debiera cuidarse más de su palabra que de su vida. Cuando Régulo fué enviado á Roma por los cartagineses, siendo prisionero de éstos, con una escolta de embajadores para pedir la paz, fué bajo la condición de que regresaría á su prisión si la paz no se efectuaba. Prestó juramento, y prometió volver.

Cuando se presentó en Roma, insistió con los senadores para que perseverasen en la guerra, y que no conviniere en el canje de prisioneros. Eso implicó su regreso á su cautiverio en Cartago. Los senadores, y hasta el sumo pontífice, sostenían que, habiéndole sido arrancado el juramento por la fuerza, no estaba obligado á ir. « ¿Habéis resuelto deshonrarme? preguntó Régulo; no ignoro que me espera el martirio y la muerte, pero ¿qué son éstos al lado de la vergüenza de una acción infame, ó las heridas de un espíritu culpable? Esclavo como soy de Cartago, aun tengo el espíritu de un romano. Volver es mi deber. Dejad que los dioses se encarguen de lo demás. » Régulo regresó á Cartago y murió en el tormento.

« Dejad que alcance la verdad aquel que quiera vivir bien, dijo Platón, y entonces, y no antes, cesarán sus pesadumbres. » Citemos también un pasaje del emperador Marco Aurelio: « Aquel que obra injustamente, obra impiamente; porque la naturaleza universal nos ha hecho animales racionales en beneficio mutuo, para ayudarnos el uno al otro conforme á nuestros merecimientos, pero de ninguna manera para dañarnos el uno al otro, y aquel que viola su voluntad es claro que se hace culpable de impiedad hacia la misma divinidad. Y asimismo, aquel que miente es culpable de impiedad hacia la misma divinidad, por la naturaleza universal de todas las cosas

que son, y todas las cosas que son, tienen una relación con todas las cosas que vienen á la existencia. Y además, esta naturaleza universal se llama *Verdad*, y es la causa primera de todas las cosas que son verdaderas. Aquel, pues, que miente intencionalmente es culpable de impiedad, por cuanto obra injustamente al engañar; y también aquel que miente sin intención, por cuanto perturba el orden al combatir contra la naturaleza universal, y porque perturba el orden al combatir la naturaleza del mundo; porque pelea contra ella, aquel que es llevado por sí mismo contra aquello que es contrario á la verdad, porque ha recibido facultades de la naturaleza, y á causa del abandono que hizo de ellas no está ahora en aptitud de distinguir el error, de la verdad. Y en verdad, aquel que busca el placer como un bien, y evita la fatiga como un mal, es culpable de impiedad<sup>1</sup>. »

La verdad y la honradez se manifiestan de varios modos. Caracterizan á los hombres de justo proceder, á los hombres rectos, á los hombres que no os engañarán en provecho propio. La honradez es la manifestación más sencilla y humilde del principio de la verdad. Medidas llenas, pesos exactos, muestras genuinas, servicio completo, cumplimiento estricto de los compromisos, son del todo indispensables á los hombres de carácter.

Tomad un ejemplo cualquiera. Sam Foote tenía razón para quejarse de la pequeña cantidad de cerveza que se le servía en la comida. Llamó al patrón y le dijo: — «Hágame usted el gusto de decirme ¿cuántos cascos de cerveza gana en un mes? — ¡Diez, señor! contestó el posadero. — Y ¿le agradaría ganar once, si pudiera? — ¡Seguramente, señor! — Entonces le voy á decir cómo, dijo Foote: *llene usted la medida.*

Pero el caso va más allá todavía. Nos quejamos de las medidas escasas y de la adulteración de las mercaderías y comestibles. Compramos una cosa y recibimos otra. Pero las mercaderías tienen que venderse: si es con beneficio, tanto

1. *Pensamientos* de Marco Aurelio Antonino, pág. 144.

mejor. Si el vendedor es descubierto, el comprador se va á otra parte. Cuando visitó á Inglaterra hace muchos años Mr. Le Play, observó con grandísimo placer la probidad comercial de los manufactureros ingleses. «Muestran, dijo, una exactitud escrupulosa en la cantidad y calidad de sus consignaciones para el exterior.»

¿Podría decir lo mismo ahora? ¿No hemos oído hablar en los tribunales públicos de la depreciación de nuestras manufacturas, de algodón cargado con arcilla china, almidón, magnesio y zinc? Hemos visto el cargamento y por eso sabemos lo que es. El algodón se pone mohoso, descolorido, y por lo tanto invendible. La borra es como cuando se desarrolla por la humedad, vive y crece del almidón. La China era uno de los muchos mercados para el algodón fabricado en Inglaterra, pero cuando apareció la borra desapareció el tráfico.

Hay un proverbio chino que dice: «El adivino no engaña al hombre que le toca el *tamtam*.» El chino es tan gran impostor como nosotros. Pone limadura de hierro en su té, y agua en la leche; por eso está bien advertido para las imposturas de los demás. «La consecuencia, dice el cónsul británico en Cheefoo, es que tengan un mal nombre nuestros tejidos, y su lugar ha sido reemplazado por las manufacturas americanas. Los tejidos americanos, á pesar de ser un cuarenta por ciento más caros, están desalojando del mercado á los tejidos ingleses.» Ya no se tiene fe en nosotros. La marca inglesa era una garantía de honradez, pero ya no lo es.

Lo mismo acontece en la India. El algodón inglés no puede lavarse. Cuando han sido lavados de élla la arcilla y el almidón, se convierte en un andrajo. Los indos cultivan el algodón. Los indos son operarios hábiles, con dedos ingeniosos y sutiles. Pueden tejer un hilo igual, lo mismo que las obreras de Manchester. Habiendo capital acumulado en la India se han establecido telares, y ahora fabrican para sí los indos.

Todo esto es bien conocido en los distritos manufactureros. De ello se habla en las asambleas públicas. Por doquiera es sabido el hecho de que se aderezan con cola y almidonan las

telas de algodón, como asimismo que se las carga con arcilla china. El señor Mellor, miembro del Parlamento, denunció solemnemente el fraude de los manufactureros adulteradores. Éstos parecen creer que los habitantes consumidores del globo son todos unos tontos excepto ellos mismos. Citó el caso de un ingeniero que al cruzar el océano Índico, adornaba su turbante con muselina. « ¿Es inglesa? le preguntaron. — No: es de Suiza. » La muselina inglesa se pega á los dedos, porque tiene mucha goma. Por esto perdemos nuestro tráfico, y por eso sufrimos malas épocas.

Las mercaderías de algodón americano se venden con buena ganancia en Londres, Manchéster y otras partes. Las mercaderías de algodón de la India se venden en China y en Australia á pesar de venderse á mayor precio los tejidos de Bombay que los estambres ingleses. La fabricación local del algodón en la India es ahora igual á toda la producción local y extranjera de Manchéster. ¿No es esto un echo sorprendente? Ahora estamos dando á nuestros artesanos una educación técnica. ¿Qué podrá hacer la educación técnica contra el fraude y la mentira por mayor? Compra una joven un carrete de hilo que tiene marcadas 250 yardas. Cuando lo concluye de trabajar fatigándose, encuentra que sólo tenía 175 yardas. ¿Qué puede pensar de la honradez de sus compatriotas?

El decaimiento de la norma de los hombres públicos, de la moralidad pública y de los principios políticos, es innegable. Cuando estuvo en Inglaterra el difunto barón Dupín, hace unos sesenta años, notó con admiración el valor, la inteligencia, y la actividad de nuestros hombres comerciales. « No es solamente el valor, la inteligencia, la actividad del manufacturero ó del comerciante lo que mantiene la superioridad de las producciones y el comercio de su país; es con mucho más, su discreción, su economía, y sobre todo, su probidad. Si alguna vez, en las Islas Británicas, perdieran estas virtudes los ciudadanos, útiles, estamos seguros que para Inglaterra, lo mismo que para cualquier otro país, á pesar de la protección de la más formidable marina, á pesar de la previsión y actividad de

la diplomacia más lata y de la más profunda ciencia política, rechazados de todas las costas los buques de un comercio degenerado, desaparecerían rápidamente de aquellos mares cuya superficie cubren ahora con los tesoros del universo, cambiados por los tesoros de la industria de los tres reinos<sup>1</sup>. »

Sin duda alguna, la disculpa es el vigor de la competencia y los obstáculos que opone el gobierno en el camino de la libertad de la producción. El manufacturero está atado de manos y pies con las leyes restrictivas. Algunas de éstas son excelentes, por ejemplo, la ley que manumitía á las mujeres y á los niños del trabajo en las carboneras, y la ley que disminuía las horas del trabajo. Pero parece que la ley sobre fábricas ha ido demasiado lejos. El señor Kitson dijo últimamente en Leeds que, á los efectos del Acta sobre fábricas, se debía que ya casi se habían extinguido en el país diversas industrias. Bélgica introducía á este país cabos y cuerdas de hierro y de acero pequeños, porque en su producción podían ser ocupados los muchachos. Todas las máquinas, que en un tiempo fueron una rama importante del tráfico inglés, son construídas ahora en Francia y en Bélgica. Indicó que por estos medios concluía el Parlamento con diversas industrias en este país, y además se agregaba la injusticia de hacer pagar á esta industrias el gasto de su propia extinción. Otro orador dijo en la misma asamblea, que su casa importaba artículos de hierro fundido de Bélgica, porque podían obtenerlos más baratos que en Inglaterra, á pesar de estar sus talleres rodeados por todas las fábricas del Lancashire.

El patrón no solamente se halla lastimosamente estorbado por la ley, sino que también lo está aun más por las huelgas. Cuando parece que mejora el negocio, salen los obreros en huelga pidiendo aumento de salario. Las fábricas se cierran, las fundiciones se apagan; cesan las construcciones, y todo queda paralizado. Desperdiciamos nuestros medios y nuestras oportunidades; y el extranjero gana con nuestro descuido. Es

<sup>1</sup> El poder comercial de la Gran Bretaña, vol. I. Introducción, pág. 71.

algo más que desgraciado, es ruinoso, que los obreros consideren á sus patrones como á sus enemigos innatos.

¿Pero qué decir de la calidad del trabajo hecho por los obreros? Había un tiempo en que los hombres ponían alma y corazón en su trabajo, cuando sentían orgullo por la calidad de su labor, haciendo aquello que Cháucer describe al frente de este capítulo como *trabajo hecho con sosiego y perfecto*. Pero, ¿qué tenemos ahora? Trabajo hecho á la ligera, sin habilidad, sin conciencia, sin laboriosidad. Á causa de esto se hundan los túneles, ceden los puentes de hierro, y los edificios se desmoronan. Las casas quedan á medio hacer, los desagües quedan descubiertos, y las enfermedades se extienden. ¡Oh, obrero inglés, omiso é irreflexivo! ¡Cuántas vidas habéis quitado! ¡á cuántas familias habéis dejado desoladas! En haciendo vuestro trabajo, os es indiferente el *cómo* lo habéis hecho. No habéis hecho por él todo lo que podiais hacer; ni siquiera os habéis esmerado en ello. El trabajo queda hecho de cualquier modo, con tal que pueda sufrir la inspección. Todo esto es poco honesto y deshonesto. ¡Pobre obrero inglés! No es únicamente vuestra la culpa. Habéis sido criado sin instrucción. Habéis sido educado sin simpatía. Creiais que el mundo estaba contra vos, porque ha simpatizado con vos frecuentemente.

Todo trabajo malo es mentira. Es completamente deshonesto. Pagáis por que se os haga un trabajo bien hecho; se le hace mal con fraude. Puede ser barnizado por encima con una apariencia bastante buena, y el pecado se descubre cuando ya es demasiado tarde. Mientras duren estas cosas, es inútil hablar de la dignidad del trabajo, ó del valor social de los llamados hombres de trabajo. No puede haber dignidad de labor donde no hay honradez de trabajo. « La dignidad no consiste en la falacia y simulación, sino en la realidad y en la fuerza. Si hay visibles mayor insubstancialidad y superficialidad de todas clases en el trabajo de hoy en día, más que en el trabajo de nuestros antecesores, ¿de qué proviene? Del anhelo y la competencia, y de la prisa de hacerse ricos. »<sup>1</sup> »

1. F. R. Conder, C. E., en *Buenas palabras*.

Hasta los polinesios nos han descubierto. Cuando viajaba el obispo Pátteson por las islas del mar del Sur en su misión de caridad, halló que los naturales rehusaban comprar nuestras mercancías. « Un simple artículo de Brummagem, dice, que no resista el uso, carece de valor para ellos. Cualquiera cosa que se les dé, sea barato ó caro, aunque sólo cueste un chelín, tiene que ser bueno en su clase. Por ejemplo, una navaja de una hoja y cabo ordinario, comprada por un chelín, la estiman en mucho; pero una navaja con media docena de hojas, la tirarán casi de seguro. » Del mismo modo halló el doctor Livingstone que los naturales de África se negaban á comprar hierro inglés, porque estaba *podrido*.

Sócrates demostraba cuán útil y excelente cosa era que un hombre se determinara á la perfección en su ramo, de modo que si era carpintero, fuese el mejor carpintero posible, ó si era hombre de Estado, que fuese el mejor hombre de Estado posible. Por estos medios es cómo se consigne el éxito. Un carpintero semejante, decía Sócrates, ganaría la guirnalda de carpintería, aunque ella sólo fuera de virutas.

Tomad ejemplo de Wedgwood, que tenía el espíritu del trabajador. Aunque elevado desde las filas, jamás estaba satisfecho hasta que había hecho lo más que podía. Se fijaba especialmente en la calidad de su trabajo, para los fines que tenía que servir, y del juicio formado sobre él por los demás. Éste fué el origen de su poder y de su éxito. No toleraba ningún trabajo inferior. Si no llegaba hasta estar conforme con su idea de lo que debía ser, tomaba su bastón, rompía la vasija, y la arrojaba exclamando: « ¡Esto no basta para Josiah Wedgwood! »

Por supuesto que ponía todo el cuidado posible para asegurar la perfección, por lo que respecta á las proporciones geométricas, vidriado, forma y ornamentación. Echaba abajo horno tras horno para efectuar alguna mejora necesaria. Aprendió la perfección por medio de repetidos fracasos. Inventó y mejoró casi todas las herramientas que se usaban en sus talleres. Pasaba gran parte de su tiempo junto á sus operarios,

enseñándoles individualmente. El éxito que obtuvo, lo dicen sus obras.

Otro caso de verdadera honradez y valor, puede citarse respecto de un gran contratista. Nos referimos á Tomás Brassey. Hasta cuando era cosa común el engaño, siempre permaneció fiel á su palabra y á su trabajo. El viaducto de Barentin, de veinte y siete arcos, estaba casi terminado, cuando, completamente impregnado por la humedad después de unas fuertes lluvias, se vino abajo toda la construcción. El accidente representaba una pérdida de 30,000 libras esterlinas. El contratista no era responsable ni moral ni legalmente. Había protestado repetidas veces contra el material que se usaba en la construcción, y los abogados franceses sostenían que sus protestas le eximían de toda responsabilidad. Pero Mr. Brassey opinaba de diferente modo. Había contratado, decía, hacer y conservar el camino, y ninguna ley le podría impedir que cumpliera su palabra. El viaducto fué construído á expensas de Mr. Brassey. Su vida es uno de los más elevados ejemplos que podemos presentar á esta generación.

Hemos tenido buenos tiempos y los hemos tenido malos; pero el resultado es siempre igual. Poco pensamos en el porvenir. Sólo economizamos cuando ya no tenemos dinero que gastar en gustos egoístas. Un patrón en Bradford dijo últimamente: « Hará unos cinco ó seis años que nos hallábamos en un estado de gran prosperidad comercial. Casi hacía perder la cabeza á las clases industriales. Todo el mundo se enriquecía rápidamente, y estaban tan preocupados en acumular dinero, que parecían creer que aquello no tendría fin. Las clases trabajadoras se agregaron á la prosperidad y perdieron la cabeza lo mismo que los de arriba. Exigieron salarios mayores, y por algún tiempo obtuvieron lo que descaban. Se aminoró la producción, é insistieron importunamente en que trabajando menos horas obtendrían más dinero por su labor, y que estarían así mucho mejor. Pero vino entonces el período de la depreciación, y ningún esfuerzo de huelgas y de ligas pudieron deshacerlo. Insistió él con los obreros haciéndoles comprender

que si deseaban que volvieran los buenos tiempos, tenían que cumplir honrada y fielmente su deber, y cambiar su manera presente de hacer un trabajo poco sólido, y haciendo lo menor posible por su dinero.

En una conferencia de obreros en Edimburgo, sostuvo uno de los oradores las ventajas de las huelgas. « Mi teoría es trabajar lo menos que os sea posible, dijo, y obtener el salario mayor que podáis. » Si esta teoría se efectuara, produciría la mayor desmoralización en el trabajo; lo haría holgazán, ineficaz y desleal. Otro orador se colocó en un punto de vista contrario. Dijo: « La existencia de ligas con el propósito de hacer huelgas es en extremo inmoral. El otro día iba por una calle de Edimburgo, cuando me encontré con un hombre que caminaba lenta y descansadamente. Un muchacho que pasaba le dijo: No se apura usted mucho, que digamos. — Es tiempo de mi patrón, contestó el hombre. Ese hombre, seguía diciendo, tenía imbuida la idea de que con el sistema de huelgas, era beneficio suyo el perjuicio de su patrón; y la consecuencia de todo el sistema era que no se podía obtener *un pedazo de trabajo bien hecho.* »

Sería bueno que se pudiera conseguir que los obreros viesan la posición en que se hallan actualmente. Están compitiendo con los obreros de todo el continente y de América. Era costumbre creer que la superioridad del trabajo inglés vencería toda competencia extranjera. Fuese lo que haya sido antes, ahora es esto un engaño completo. Los extranjeros tienen todas las ventajas de nuestra mejor maquinaria, con los últimos adelantos. Ahora construyen sus propias máquinas. Han aprendido á trabajar tan pronto y tan bien, como los mejores operarios ingleses; trabajan lo mismo el domingo que el sábado. En Francia trabajan 72 horas por semana, mientras que en este país sólo trabajan 56 por semana. Y los salarios de los operarios extranjeros son como un 25 por ciento menores que los de Inglaterra. El trabajo inglés que se envía fuera, no es tan bueno ni tan honrado como el de Francia. ¿Cómo podemos sostener la competencia en frente de estos hechos? Las manu-